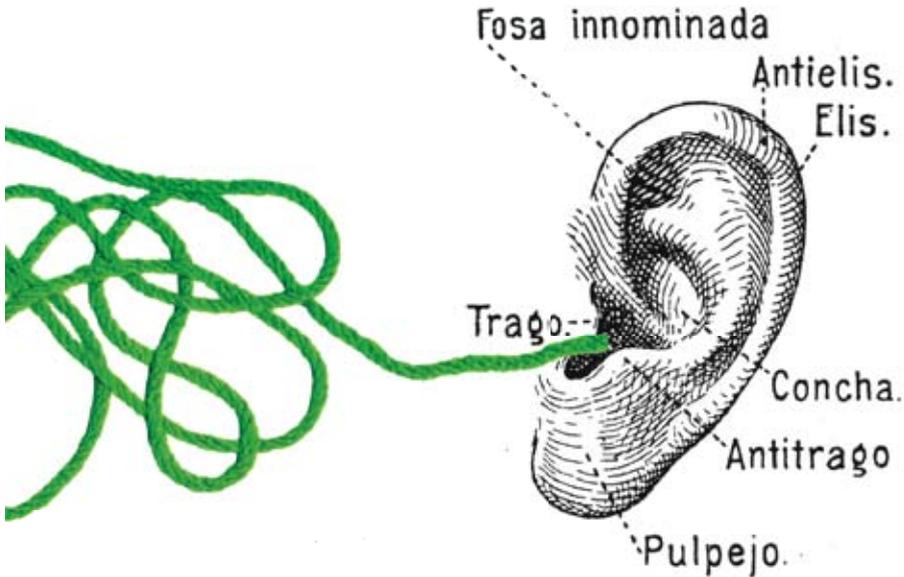


El infante

Harold Kremer



Aquella noche Matilde desapareció para siempre de mi vida. Yo había viajado a Buga a pasar las vacaciones de Semana Santa. Llevaba casi un año estudiando en la capital y me había negado a retornar a casa porque no quería volverla a ver. Pero mamá insistió con paciencia y, al final, no encontré una buena excusa para no viajar. Por aquella época tenía 19 años y Matilde frisaba los 33. Era una locura porque ella era casada y nunca había manifestado ningún interés hacia mí. Pero yo era joven, y estaba enamorado desde que era un adolescente.

Como era Jueves Santo le dije a mamá que iba al centro porque quería ver la procesión. Mamá atendía a dos clientas en el costurero y estaba un poco atareada. Me dijo que antes de salir pasara a la mesa para comer un tentempié. Apenas eran las nueve, pero también quería visitar a mi padrino y dar una vuelta por Buga. Acababa de vestirme cuando escuché que tocaban en la ventana de mi cuarto, la que da a la calle. Pensé que era Jorge o Moisés, o los dos, y que venían a invitarme a alguna de sus farras. “No esta noche”, pensé abriendo la ventana, y vi que era Matilde. Ella vivía a cuatro casas de la mía y mamá le cosía y arreglaba los vestidos. Los días anteriores apenas pude verla una vez, el martes al mediodía, cuando le compraba unos botones a mamá. Arrimó al almacén a comprar unas agujas y me saludó con un “hola”, acompañado de una mirada que me hizo estremecer. Aquella noche esperaba verla en la procesión y, para mi sorpresa, allí estaba, en mi ventana. “Necesito hablar contigo”, me dijo. No supe qué hacer, ni que contestar.

A mi cabeza acudió una imagen de cinco o seis años atrás cuando apenas era un adolescente. Estuve espiándola durante seis meses cuando entraba al vestier que mamá improvisaba con una cortina. Me había enamorado de ella y quería verla en el momento de probarse los vestidos. La última vez decidí fingir que no sabía de su presencia y entré al vestier. ¡Y no estaba! No podía creerlo porque yo la había visto entrar con un vestido vinotinto en la mano. Moví las cortinas y la busqué por todo el cuarto. Iba a revisar el baño cuando mamá me preguntó qué buscaba y al no obtener respuesta me echó del costurero. Salí y me senté en la sala, confuso y malhumorado. Al rato, Matilde salió llevando una bolsa donde alcancé a ver el vestido vinotinto. Me quedé pasmado y me froté los ojos. Matilde sonrió, caminó hasta la puerta, la entreabrió, y se devolvió. Me revolvió el cabello, lo apretó con suavidad, me dio un beso en la mejilla, y me dijo: “Mi tierno infante, no siempre creas todo lo que ves”. Y se marchó.

“Abre la puerta”, me dijo. Y corrí a abrir. Al entrar me preguntó si estaba mamá y yo hice un gesto en dirección al costurero. Matilde me miró sin saber qué hacer y yo la agarré de la mano y entramos a mi habitación. Mi corazón palpitaba con fuerza y un ligero temblor se apoderó de mi cuerpo. La hice sentar en el asiento de mi escritorio y acerqué una butaca. Matilde también estaba agitada y en su rostro perlaban algunas gotas de sudor. Me levanté y traje uno de mis pañuelos. Me dio las gracias y me rogó que apagara la luz y cerrara bien la puerta. Eso hice inmediatamente, no fuera que mamá entrara de repente. La luz de la luna entraba por la ventana y la habitación parecía una pintura

de Velásquez. Eso me pareció observar desde la puerta con la bella Matilde sentada y yo, a su lado, recibéndole el pañuelo que guardaría para siempre y que en muchas noches de soledad olería para recordar aquel instante. También observé que se arreglaba el cabello y como un flequillo rebelde le caía sobre la frente, me atreví a alisarlo sobre su cabeza. Matilde retiró mi mano y yo quise intervenir, ir desde la puerta a coger mi propia mano para obligarme a retener la suya. Pero no pude moverme, era un espectador viendo a dos personas que se miraban con



ansiedad: uno, que era yo mismo, joven, tímido e inexperto y a Matilde, a la que renuncié después del episodio del costurero porque a fuerza de verla casi a diario paseando con su marido, terminé, primero por odiarla, y luego con el paso de los años, en la medida que crecía y me convertía en hombre, por renunciar a ella. “He venido a despedirme”, dijo. El joven sentado frente a ella, y yo, que los miraba desde la puerta, no pudimos pronunciar una palabra. “¿Se marchan?”, pregunté. “Me marchó”, dijo, “descubrí que mi marido tiene una amante”. En esos momentos supe que llevaba seis años amándola y que esperaba este momento para declararle mi amor. Pero no pude pronunciar una palabra. Desde la puerta le grité que le dijera que me marcharía con ella, pero no me escuché. Las palabras salieron de mi boca y las oí claramente, pero el joven que estaba sentado, y que era yo mismo, no las escuchó, ni siquiera me miró cuando las grité nuevamente. “Te he esperado todos estos años”, me dijo, “te he visto convertirte en un hombre y, en secreto, me he enamorado de ti”. Le grité que le dijera lo mismo, pero allí, sentado frente a ella, permanecí impávido, mudo y torpe. Quise ir hacia ellos y no pude dar un solo paso: no podía moverme y cuando intenté hacerlo a la fuerza choqué contra algo y caí al suelo. De repente tuve la sensación de que el cuarto, con Matilde y conmigo a su lado, allá sentados, estaba en una sola dimensión, como si fuera una pintura que quisiera atravesar, pero al levantarme me vi allí otra vez, sudoroso y tímido, mirándola con ansiedad. Y balbuceando, tomando una decisión imprevista, por fin pude decir: “Me marchó contigo”. Aprobé desde donde los observaba esas palabras, pero Matilde dijo que no era posible. “Te amo,

pero no puedo vivir contigo porque sigues creyendo en todo lo que ves”. En ese momento los dos se voltearon a mirarme, y fue a mamá a quien vi. Había abierto con sus llaves y de pie en la puerta encendió la luz. Me preguntó qué hacía allí sentado en la oscuridad y no supe qué responder. Matilde había desaparecido y el pañuelo seguía en mi mano. Fingí que me secaba el sudor y lo pasé por mi cara: allí estaba su olor. Lo guardé en mi pantalón y volví a mirar a mamá. “Hace rato te estoy llamando”, me dijo. “El tentempié está servido. Ven que se va a enfriar”. ●

Harold Kremer nació en Buga, Colombia. Publicó en 1985 el libro *La noche más larga*. Ha ganado varios concursos nacionales de cuento. En 1989 apareció su libro *Rumor de mar*. Ha publicado algunas antologías de cuento, entre ellas la *Colección de cuentos colombianos* (2002) y *Los minicuentos de Ekuóreo*. Kremer es profesor de la Universidad ICESI donde tiene a su cargo el curso de “Crónica y literatura”, una clase de creación literaria que ha permitido la publicación de dos libros de crónicas escritas por estudiantes de la Universidad: *Una botella de ron pa’l Flaco* y *El cinturón de fuego y otras crónicas caleñas*.

